

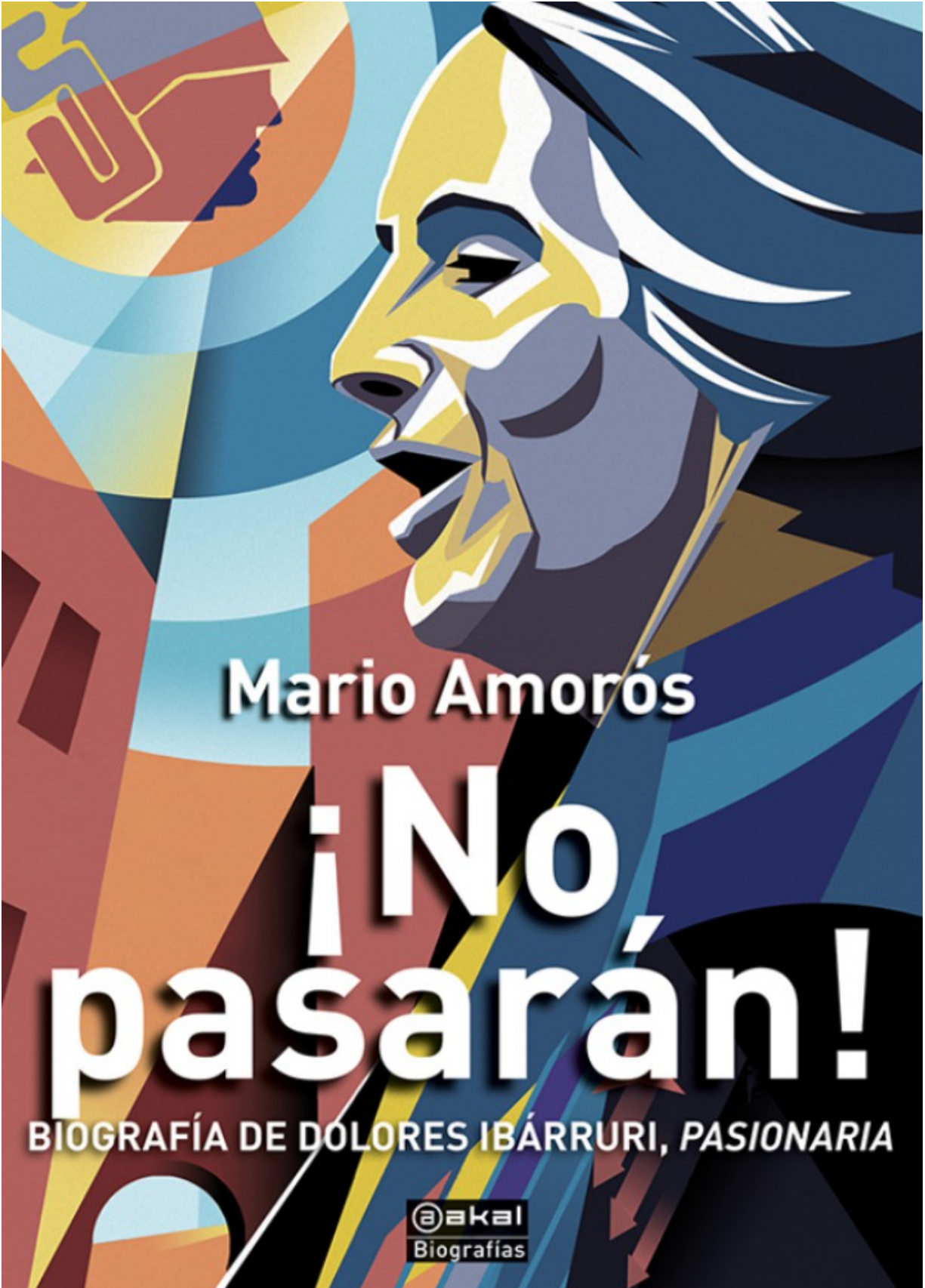
A stylized, high-contrast illustration of Dolores Ibárruri's face in profile, facing left. The colors are primarily yellow, blue, and red. The background consists of abstract, geometric shapes in various colors, including blue, red, and yellow, creating a dynamic and modern aesthetic.

**Mario Amorós**

# **¡No pasarán!**

**BIOGRAFÍA DE DOLORES IBÁRRURI, PASIONARIA**

**@akal**  
Biografías



**Mario Amorós**

# **¡No, pasarán!**

**BIOGRAFÍA DE DOLORES IBÁRRURI, PASIONARIA**

**akal**  
Biografías

**Akal / Biografías / 12**

Mario Amorós

# **¡No pasarán!**

**Biografía de Dolores Ibárruri, *Pasionaria***



**akal**

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO



«Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren, por el fuego y el terror, sumir a la España democrática y popular en un infierno de terror. Pero no pasarán...» Aquel legendario llamamiento por radio del 19 de julio de 1936 convirtió a Dolores Ibárruri, a la sazón diputada del Frente Popular por Asturias, en el símbolo universal de la resistencia republicana frente al fascismo. Nacida en el corazón de la cuenca minera vizcaína y militante del Partido Comunista de España desde su fundación –ahora hace justo un siglo–, es en el crisol y la tragedia de la guerra civil cuando se forja el mito de *Pasionaria*.

Tras la amarga derrota de 1939 conocerá un largo exilio de cuatro décadas, principalmente en la Unión Soviética. Asume la secretaría general del PCE en plena guerra mundial, en la que su hijo Rubén, oficial del Ejército Rojo, muere en la batalla de Stalingrado. Retornada a España en 1977, la imagen de Dolores Ibárruri del brazo de Rafael Alberti, en el Congreso de los Diputados, constituye una de las estampas más icónicas de la Transición. Fallecida en Madrid el 12 de noviembre de 1989 –apenas tres días después de la caída del Muro de Berlín–, su vida es un hilo rojo que atraviesa todo el siglo XX.

A partir de una documentación excepcional y en buena parte inédita (como es el caso del archivo personal de Dolores Ibárruri), Mario Amorós ha

escrito un relato biográfico riguroso y sobre todo necesario de una de las grandes figuras del movimiento obrero y comunista internacional, de una personalidad esencial para comprender la historia de la España contemporánea.

**Mario Amorós** (Alicante, 1973) es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y licenciado y doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. Ha sido profesor invitado en la Universidad de Chile y entre sus obras destacan las biografías consagradas a Salvador Allende, Pablo Neruda y Augusto Pinochet. Con Akal ha publicado *Argentina contra Franco. El gran desafío a la impunidad de la dictadura* (2014). En su faceta de periodista escribe en medios de comunicación relevantes, tanto españoles como chilenos.

Diseño de portada  
*RAG*

Motivo de cubierta  
«Dolores Ibárruri: NO PASARÁN», por *Javier Parra*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:  
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:  
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Mario Amorós Quiles, 2021

© Ediciones Akal, S. A., 2021

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-5133-6

*A la memoria de mis tíos Thaelmann, Progreso y Pepe Luis Amorós Ribelles*

«Si hubieras podido oírla. [...] Las palabras surgían de su boca irradiando una luz que no es de este mundo. Su voz tenía el acento mismo de la verdad.»

Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas* (1940)

«El nombre de Dolores Ibárruri es sufrimiento en la lucha, en la lucha dirigida a la destrucción del sufrimiento.»

Serguéi Eisenstein (1945)

«Ella siempre será para mí -y pienso que para la Historia- la encarnación, en un episodio clave, de la mujer, de la madre del pueblo, de una patria en peligro y de la fe revolucionaria.»

Pierre Vilar (1985)



# PRESENTACIÓN

## *PASIONARIA EN LA HISTORIA*

Madrid, sábado 18 de julio de 1936. La tarde anterior, en las principales guarniciones del Protectorado español de Marruecos había estallado la sublevación militar que, con el paso de las horas y los días, empezó a extenderse por el resto del territorio nacional, con resultado desigual. Inicialmente, el Gobierno presidido por Santiago Casares Quiroga intentó negar la importancia del golpe de Estado que, encabezado por los generales José Sanjurjo y Emilio Mola, pretendía liquidar las reformas democráticas del Frente Popular, vencedor en las elecciones del 16 de febrero de aquel año.

Por la noche, mientras la ciudad era un hervidero de rumores y noticias, Casares Quiroga ya había presentado la dimisión ante el presidente Manuel Azaña. Las más altas instituciones políticas de la República estaban paralizadas, sin capacidad de reacción, ante la mayor amenaza desde el 14 de abril de 1931. Mientras tanto, en su trayecto a bordo del *Dragon Rapide* de Canarias a Tetuán, el general Francisco Franco hacía escala en Casablanca y el general Gonzalo Queipo de Llano aseguraba, desde los micrófonos de Radio Sevilla, que las tropas de Mola y Saliquet avanzaban sobre Madrid y el levantamiento triunfaba prácticamente en todo el país.

El Ministerio de la Gobernación ordenó que los micrófonos de la emisora más importante de la capital, Unión Radio, se instalaran en sus dependencias de la vetusta Casa de Correos, en la Puerta del Sol. Sus locutores leyeron no solo los comunicados gubernamentales, sino también un llamamiento de la Unión General de

Trabajadores, una declaración conjunta del Partido Socialista y del Partido Comunista, una nota del comité local del Partido Obrero de Unificación Marxista o un mensaje de Ángel Pestaña, presidente del Partido Sindicalista. Incluso el vicesecretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo interpeló a la ciudadanía desde allí.

Aquella noche, la dirección del Partido Comunista de España estaba reunida en la sede de su Comité Central, sita en el número 4 de la céntrica calle Piamonte, contigua a la Casa del Pueblo socialista. En esas horas de incertidumbre, mientras Diego Martínez Barrio intentaba formar un nuevo gabinete que apaciguara a los sublevados, decidieron que fuera la diputada Dolores Ibárruri quien leyera un llamamiento del PCE a través de los micrófonos de Unión Radio. Se había cruzado ya la medianoche, se cumplían diez minutos del 19 de julio de 1936 cuando su voz salió al aire:

Trabajadores, antifascistas, pueblo laborioso:

Todos en pie, dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo. A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular, es conocida por todos la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias se sigue luchando con entusiasmo y coraje, unidos los trabajadores con las fuerzas leales a la República.

Al grito de «¡el fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de Octubre!», comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, soldados y todas aquellas fuerzas fieles a la voluntad del pueblo van destrozando a los traidores insurrectos que han arrastrado por el fango y la traición el honor militar de que tantas veces han hecho alarde...

Fueron las primeras palabras de un discurso inscrito en la Historia[1]. Un llamamiento que extendió una consigna, «¡No pasarán!» (utilizada por la propaganda del PCE desde 1934), que acertó a galvanizar la voluntad de resistencia del pueblo republicano frente al fascismo y en defensa de las libertades democráticas. Una consigna[2] que, a partir de la transformación del golpe de Estado en una guerra,

convirtió a Dolores Ibárruri en símbolo universal del antifascismo, meses después de que Hitler hubiera ordenado la remilitarización de Renania y Mussolini ocupado Abisinia. La España republicana fue la primera que opuso resistencia al avance de la marea parda y en el crisol de aquella trágica epopeya se forjó el mito de *Pasionaria*[3]. «Vasca de generosos yacimientos: / encina, piedra, vida, hierba noble, / naciste para dar dirección a los vientos...», escribió Miguel Hernández en 1937 en su poema «Pasionaria».

\* \* \*

En Gallarta –el corazón de la cuenca minera vizcaína– y en el seno de una familia trabajadora, de ideas políticas muy conservadoras (carlistas) y religiosidad tradicional, nació en 1895 Dolores Ibárruri. Su infancia y adolescencia, que ocupan los pasajes más hermosos de su primer volumen autobiográfico, *El único camino*, fue un tiempo marcado por su fe católica y la vocación de formarse como maestra en Bilbao, que se vio frustrada. En cambio, tras cumplir los 15, durante dos años aprendió las tareas al uso en un taller de costura y con 17 empezó a trabajar como sirvienta para la familia propietaria de un café en la vecina localidad de La Arboleda.

Su matrimonio con el minero socialista Julián Ruiz, en febrero de 1916, cambió su vida, puesto que inició las primeras lecturas políticas y empezó a insertarse en el movimiento obrero. En 1917, tras la fallida huelga general de agosto y el triunfo de la Revolución en Rusia, ingresó en el PSOE, en el que permaneció hasta que la Agrupación Socialista de Somorrostro se unió en 1920 al largo proceso de gestación del PCE, fundado en noviembre de 1921. Sus primeros años de activismo, con la singularidad de sus artículos en la prensa obrera socialista (tarea en la que en la Semana Santa de 1918 surgió el seudónimo de

*Pasionaria*[\[4\]](#)), fueron también un periodo de miseria, privaciones y represión, el umbral de una década oscura en la que perdió a sus hijas Esther, Amagoya, Azucena y Eva.

Años de luto casi permanente, dolor profundo del que surgió su característica estampa, aquella figura corpulenta vestida siempre de negro. «Sus vestidos siempre fueron sencillos, nunca llevó nada que sobresaliera, que llamara la atención. Sus únicos adornos fueron el anillo de casada, unos pendientes negros de ágata con una perlita en el centro y, a veces, se ponía un pañuelo blanco y negro que ella misma se compraba o que le regalaban los amigos en sus cumpleaños», dejó dicho su hija Amaya (fallecida en diciembre de 2018) en sus memorias inéditas[\[5\]](#). Ella mismo lo explicó al final de su vida con estas palabras: «Hijo, el negro es lo lógico para una persona de clase modesta como yo. Yendo de negro puedes ir decentemente a todas partes. ¿Cómo voy a salir yo a la calle vestida de rojo, como una bandera? El primer vestido negro me lo puse de jovencita porque se murió mi abuela. Después empecé a empalmar lutos y todavía no me lo he quitado»[\[6\]](#).

Su «maternidad trágica», según el análisis de María José Capellín, es una de las claves permanentes de su discurso e incluso de su acción política, hasta el punto de que «fue capaz de arrebatarse el sagrado prestigio de la maternidad a la cultura católica», ha escrito Almudena Grandes, «para ponerlo al servicio del antifascismo»[\[7\]](#).

Y su voz inolvidable, que se escuchó en los mítines comunistas por primera vez en los días previos a las decisivas elecciones municipales del 12 de abril de 1931. «Con su voz inconfundible, recia a veces, como los robles de Euskadi, que se transforma después en maternalmente acariciadora, esa voz que parece salir de los pozos mineros y de las naves metalúrgicas, voz de madre amante que arrulla a su pequeño, voz que sabe expresar lo que sienten los trabajadores, lo que los pueblos llevan en el alma,

Dolores arrebatada a las muchedumbres», escribió en 1964 Irene Falcón, su leal camarada y colaboradora durante décadas.

Desde 1933, aquella voz denunció el ascenso de la derecha autoritaria y del fascismo, desde fines de 1935 llamó a la formación del Frente Popular y a la defensa de su posterior triunfo en las urnas, replicó de manera brillante a José María Gil Robles en las Cortes el 16 de junio de 1936 y atronó en el Velódromo de Invierno parisino la noche del 3 de septiembre de aquel año para exigir al Gobierno galo que cumpliera sus compromisos con España y vendiera armas a la República para enfrentar a las tropas sublevadas, que ya recibían una ingente ayuda de las potencias fascistas.

«He visto hablar a Dolores en París y en Toulouse, en Estocolmo y Varsovia, en Oslo y en Praga y en Pekín, en Sofía y Budapest [...] Y al escucharla gentes de tan diversas latitudes, idiomas y temperamentos, se establecía siempre un nexo irrompible, una influencia mutua entre la oradora y los pueblos. He visto llorar no solo a mujeres, sino también a hombres maduros que no se avergonzaban de su emoción. Porque al aparecer *Pasionaria* en la tribuna, con su figura severa, ataviada de negro, su gesto de dolor, de pasión y de esperanza, aparece España, la España combatiente, heroica e insumisa...», añadió Irene Falcón[8].

Ninguna mujer como ella (la española más conocida universalmente en el siglo XX según el profesor Kevin O'Donnell[9]) encarnó la militancia comunista. La vida de Dolores Ibárruri es un hilo rojo que atraviesa prácticamente todo el siglo pasado y principalmente aquel largo periodo examinado por Eric Hobsbawm en su obra canónica sobre «la era de los extremos», desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa hasta la caída del Muro de Berlín y la posterior desaparición de la URSS[10]. «He nacido, he crecido y me he desarrollado políticamente al calor de la Revolución de Octubre y he visto en ella el

camino, la meta, todo lo que aspirábamos en nuestra vida de explotados, en nuestra vida de miserias, en nuestra vida de privaciones y sufrimientos», expresó en la reunión del Comité Central del PCE que en septiembre de 1968 examinó la posición crítica adoptada ante la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia<sup>[11]</sup>.

Dolores Ibárruri perteneció a la primera generación de militantes comunistas, aquella que rompió con la socialdemocracia y el reformismo para volcarse en la construcción de un partido leninista capaz de replicar la experiencia bolchevique. Viajó por primera vez a Moscú en diciembre de 1933, formó parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista desde el verano de 1935 hasta su disolución en mayo de 1943, vivió la mayor parte de su exilio en la Unión Soviética, donde disfrutó de los privilegios de la élite política, y, al igual que el resto de dirigentes comunistas de los cinco continentes, rindió un culto casi religioso a Stalin hasta febrero de 1956, hasta las revelaciones de Jrushchov en el histórico XX Congreso del PCUS.

Si el comunismo fue la gran utopía política del siglo XX, si esta causa movilizó a millones de personas en la lucha por la democracia, la justicia social y la emancipación nacional y agrupó a una parte muy significativa de los grandes genios de las letras y las artes (Pablo Picasso, Diego Rivera, Pablo Neruda, Rafael Alberti, Fernand Léger, Paul Éluard, José Saramago...), ciertamente en su nombre también se cometieron crímenes abominables y se erigieron regímenes que negaron las libertades.

En el año en que se conmemora el centenario de la fundación del PCE, la biografía de Dolores Ibárruri evoca singularmente la contribución de los comunistas a la evolución democrática de España: la formación del Frente Popular; la defensa de la República durante la guerra de 1936-1939; la contribución heroica de miles de sus militantes (al igual que otros miles de republicanos) a la



derrota del nazismo; la lucha del movimiento guerrillero en los años 40; la abnegada y cotidiana dedicación de tantas y tantos comunistas a la resistencia y la lucha contra la dictadura franquista (a un precio en vidas, torturas, cárcel, sacrificios y sufrimiento que ninguna otra fuerza puede presentar); la aprobación de la Política de Reconciliación Nacional en 1956; la contribución principal a la gestación de las Comisiones Obreras, a la constitución del movimiento estudiantil democrático y de nuevos movimientos sociales como el asociacionismo vecinal; la confluencia con los sectores cristianos que rompieron con el nacionalcatolicismo y se comprometieron con los de abajo; el Pacto por la Libertad y la atracción de intelectuales, profesionales y sectores de las clases medias; o la participación destacada en el consenso de la Transición y el alumbramiento de la Constitución de 1978.

En los años 70, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, principalmente en Barcelona y su área metropolitana, y en buena parte de España el PCE llegaron a parecerse socialmente a aquel gran Partido Comunista Italiano (aunque quedaran muy lejos de igualar sus resultados electorales) que construyó «una red fatigosa pero viva que estructuró al pueblo de izquierda», como evocara Rossana Rossanda en sus memorias[12].

Dolores Ibárruri partió al exilio el 6 de marzo de 1939 desde el aeródromo de Monóvar (Alicante) con 43 años. Volvió el 13 de mayo de 1977, con 81. De los 473 diputados de las Cortes de la II República, fue la única que regresó al hemiciclo de la Carrera de San Jerónimo. El 13 de julio de 1977, junto con Rafael Alberti (diputado comunista por Cádiz), ocupó la vicepresidencia de edad de la mesa de la sesión constitutiva. Imagen icónica de un tiempo histórico decisivo, al igual que su saludo cordial al presidente Adolfo Suárez aquel mismo día.

Es una contribución que ha sido insuficientemente reconocida, más aún hoy cuando la renacida ultraderecha

(con sus ruidosos altavoces mediáticos y su eco en las redes sociales) se atreve a insultar esta memoria y esta historia. Esa derecha extrema que considera que España les pertenece, que desconoce aquel patriotismo popular que floreció entre 1936 y 1939 para denunciar la agresión de las potencias fascistas e ignora el profundo sentimiento con el que, durante su largo exilio, *Pasionaria* se refirió siempre a España, como lo hiciera, por ejemplo, en el invierno de 1956 en una reunión del Buró Político del PCE en Moscú: «A lo que no renunciamos es al orgullo de lo que España ha aportado a la civilización universal; al orgullo de las tradiciones progresivas y combativas de nuestro pueblo; al orgullo de nuestro pueblo mismo, que, a pesar de todas las vicisitudes de su historia, se ha levantado siempre renovado y engrandecido y dispuesto de nuevo al combate»[\[13\]](#).

Dolores Ibárruri fue (y es) una mujer «vilipendiada, odiada, admirada, venerada...», escribió Montserrat Roig en los últimos días de 1979[\[14\]](#). Francisco Umbral la denominó «la Dama de Elche del comunismo español»[\[15\]](#). Eduardo Haro Tecglen dijo de ella que era «un símbolo» de las luchas de resistencia popular[\[16\]](#). A lo largo de su vida, su personalidad y su figura fascinaron a personas de diferentes ideologías y países, hasta el punto de que en julio de 1981 Manuel Vicent le relató que, dos meses antes, el presidente del Banco de Nevada, un ciudadano norteamericano de 80 años, le había confesado en Nueva York que «lo daría todo por conocerla, que cogería el avión mañana mismo si se dignara a darle audiencia». «Dígale que venga ya», le respondió ella...[\[17\]](#).

La derecha más extrema la odió (y la odia[\[18\]](#)) porque se atrevió a abrazar la causa revolucionaria y antifascista, porque rompió el corsé tradicional que encerraba a la mujer en el hogar, privada de los derechos ciudadanos e incluso de la palabra en el espacio público, relegada a un lugar subalterno en la sociedad, condenada al silencio y la

resignación, al olor de incienso y sacristía. Desde 1932, organizó la Comisión Femenina del PCE, en 1934 promovió la fundación del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que durante la guerra se transformó en la Agrupación de Mujeres Antifascistas, y desde 1945 fue la vicepresidenta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Defendió siempre, con su ejemplo, la participación de las mujeres en las luchas y el reconocimiento de la igualdad de derechos en el plano político, social y económico. Ella, la primera o una de las primeras mujeres que dirigió un partido político en el mundo, fue feminista en su tiempo histórico, aunque desde una perspectiva ortodoxa negara este término[19].

«Ser comunista [...] no significa solo defender en primer lugar los intereses de la clase obrera y de los campesinos. Significa defender los derechos y los intereses de todos los trabajadores, de todas las víctimas de la opresión capitalista; significa luchar por los derechos y la igualdad social de la mujer y contra las trabas feudales y prejuicios peligrosos que han hecho de la mujer a través de los siglos no solo la esclava de la sociedad, sino la esclava del egoísmo de los hombres», expresó en junio de 1947 durante una reunión de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas en París[20].

\* \* \*

Como puede apreciarse en el capítulo final de fuentes primarias y bibliografía, se han publicado numerosos trabajos sobre Dolores Ibárruri, entre los que destacan las obras de Rafael Cruz y Juan Avilés, el ensayo de Manuel Vázquez Montalbán y los perfiles trazados por Paul Preston y Fernando Hernández Sánchez.

Esta es la primera biografía que se apoya en una revisión exhaustiva de la prensa comunista (las colecciones completas de *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera* hasta

1978, por ejemplo, numerosas referencias de *L'Humanité* y también algunas de *L'Unità*), de la ingente documentación del Archivo Histórico del PCE[21] y de una amplísima bibliografía y, además, del archivo privado de Dolores Ibárruri, que conserva su nieta, Dolores Ruiz-Ibárruri Sergueyeva. Este acervo documental ocupa más de 150 cajas, con decenas de miles de páginas bien clasificadas: correspondencia, artículos de prensa, discursos, folletos en varios idiomas, documentación y objetos personales, notas manuscritas, centenares de fotografías... Un verdadero tesoro para el historiador, inexplorado de manera minuciosa hasta ahora. Asimismo, he podido consultar y citar las memorias inéditas de su hija Amaya.

Durante décadas, la historia del comunismo español fue prisionera tanto de la propaganda anticomunista de la Guerra Fría y de obras carentes de aparato crítico y trabajo con lo que el profesor Ángel Viñas denomina la «evidencia primaria relevante de época»[22] (la documentación de los archivos), como de la tentación hagiográfica o la construcción de relatos oficiales, muy disminuida ciertamente desde que el PCE abrió su archivo histórico a los investigadores ya en 1980. Así lo examinaron David Ginard a mediados de los años 90 y Francisco Erice a principios de este siglo[23].

Desde entonces se ha avanzado de manera incontestable hacia la normalización historiográfica, puesto que historiadores como Fernando Hernández Sánchez, José Luis Martín Ramos, Francisco Erice, Carlos Fernández Rodríguez, Alejandro Sánchez Moreno, David Ginard, Juan Andrade, Rubén Vega, Carme Molinero y Pere Ysàs, Giaime Pala, Emanuele Treglia, Xavier Domènech, Luis Zaragoza Fernández o Josep Puigsech Farràs han renovado el estudio del comunismo español con investigaciones monográficas sobre el PCE y el PSUC, a las que se suman las valiosas aportaciones de Ángel Viñas en su imprescindible tetralogía sobre la República en guerra y también los

trabajos anteriores de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Rafael Cruz o Manuel Tuñón de Lara.

Asimismo, es muy meritorio el esfuerzo científico promovido por la Fundación de Investigaciones Marxistas, que desde 2004 ha organizado dos congresos de historia del PCE, varios seminarios sobre aspectos específicos de su evolución y, desde 2016, publica una revista de gran calidad: *Nuestra Historia*[\[24\]](#). La labor de historiadores como Sergio Gálvez Biesca, Manuel Bueno Lluch o José Hinojosa es verdaderamente encomiable.

Esta biografía aspira a insertarse en esta línea de trabajo.

\* \* \*

La hija de Antonio «el Artillero» y de Juliana descansa eternamente en el Cementerio Civil de Madrid, al lado del lugar donde reposa Pablo Iglesias. Su nieto Rubén ha fallecido en junio de este año en Moscú, donde viven su nieto Fiódor, sus dos bisnietos, Estanislao y Antón, y su tataranieta, Alexéi, de 3 años. Su nieta Dolores, a quien afectuosamente llamaba Lola, reside principalmente en Madrid.

«En este siglo todos los caminos conducen al comunismo», expresó en julio de 1956[\[25\]](#). Se equivocó en aquella afirmación quien dedicó su vida a «la más grande de las causas, la causa de la paz y la amistad entre los pueblos, la causa de la liberación de la humanidad», según definió el 14 de septiembre de 1952[\[26\]](#). Días antes de su funeral, al que asistieron cerca de doscientas mil personas, caía el Muro de Berlín. Dos años después, la Unión Soviética, por la que su hijo Rubén ofrendó la vida heroicamente en los combates iniciales de la batalla de Stalingrado, se extinguió. Muchos se apresuraron a firmar el acta de defunción del comunismo, a proclamar la inminente desaparición del PCE...

En el momento de escribir estas líneas, a mediados de julio de 2021, España tiene una ministra de Trabajo y vicepresidenta segunda del Gobierno, Yolanda Díaz, quien pertenece a ese hilo rojo de Dolores Ibárruri, que ha encabezado la labor para defender millones de puestos de trabajo ante la amenaza devastadora de la pandemia. Le acompaña en el Consejo de Ministros otro comunista, Alberto Garzón (coordinador general de Izquierda Unida), mientras que el secretario general del PCE, Enrique Santiago, ocupa la Secretaría de Estado para la Agenda 2030. Miles de militantes comunistas trabajan y luchan desde los sindicatos y otros movimientos sociales y mantienen en pie una estructura organizativa que, al igual que IU, está presente en toda la geografía nacional, donde las candidaturas de unidad popular, constituidas en torno a Unidas Podemos, tienen un peso notable en las diferentes instituciones.

Dolores Ibárruri no se equivocó al elegir su camino. «Siempre ha sido la lucha y el Partido lo más importante para mí, sí. Y jamás he tenido la más pequeña duda. He creído que he elegido el único camino que podía elegir un trabajador, una mujer obrera, una mujer del pueblo que tiene conciencia de su miseria y de lo que significa como injusticia la organización social en la que he vivido», señaló a Rosa Montero en 1978[27].

E igualmente le expresó: «Yo no soy ningún mito, yo soy una mujer, soy una comunista...».

[1] Este discurso de Dolores Ibárruri está considerado una de las grandes piezas de la oratoria política del siglo XX. Así lo ha reconocido, por ejemplo, el canal de televisión Arte: [<https://www.arte.tv/es/videos/074567-002-A/no-pasaran-dolores-ibarruri/>]. Hace una década, una editorial francesa, dentro de su colección «Los grandes discursos» que han marcado la historia, unió en un opúsculo bilingüe aquel llamamiento del 19 de julio de 1936, el último mensaje de Salvador Allende al pueblo chileno la mañana del 11 de septiembre de 1973 desde La Moneda y el discurso de Victor Hugo el 20 de abril de 1853 ante la



tumba de Jean Bousquet; Dolores Ibárruri, Salvador Allende y Víctor Hugo: *Contre la tyrannie*. Éditions Points. París, 2010. Véase también Nancy Bailey y Andrew Burner: *50 Speeches that Made the Modern World*. Chambers Harrap. Londres, 2016. Entre los cincuenta discursos seleccionados en esta obra figura aquel de Dolores Ibárruri. Por su parte, la profesora Gina Herrmann señala que Dolores Ibárruri está reconocida como «una de las oradoras y propagandistas más brillantes del siglo XX». G. Herrmann: *Written in Red: The Communist Memoir in Spain*. University of Illinois Press. Chicago, 2010, p. 25.

[2] Consigna viva aún hoy en múltiples luchas sociales y políticas y en trabajos de distinto tipo que las reflejan. Por ejemplo, hay un documental así titulado, *No pasarán*, dirigido por Felipe Bustos Sierra y estrenado en 2018, sobre los obreros escoceses que, tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, se negaron a reparar los aviones de guerra chilenos: [<https://medium.com/revista-sobredosis/no-pasaran-estreno-b5816bc1e465>].

[3] Véase por ejemplo: Yannick Ripa: «Le mythe de Dolores Ibárruri». *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, n.º 5. 1997 [disponible en línea: <https://doi.org/10.4000/clio.414>].

[4] *Pasionaria...* y no *La Pasionaria*, como ella remarcó, puesto que parecía «nombre de folklórica». «Prefiero que me digan *Pasionaria*, a secas. Vamos, mejor Dolores, que me llamen Dolores». Andrés Carabantes y Eusebio Ciorra: *Un mito llamado Pasionaria*. Planeta. Barcelona, 1982, pp. 14-15.

[5] Memorias inéditas de Amaya Ruiz-Ibárruri, p. 174. Archivo de Dolores Ruiz-Ibárruri Sergueyeva.

[6] A. Carabantes y E. Ciorra: *Un mito llamado Pasionaria*, cit., p. 56.

[7] Almudena Grandes: *Inés y la alegría*. Tusquets. Barcelona, 2010, p. 32.

[8] Irene Falcón: «Pasionaria». *Mundo Obrero*. Madrid, segunda quincena de junio de 1964, pp. 5-6.

[9] Kevin O'Donnell: «The new marianism of Dolores Ibárruri's *El único camino*». *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 6 (2002), pp. 25-41.

[10] Eric J. Hobsbawm: *Historia del siglo XX*. Crítica. Barcelona, 1995.

[11] Archivo Histórico del PCE. Fondo Órganos de Dirección del PCE. Reunión del Comité Central de septiembre de 1968.

[12] Rossana Rossanda: *La muchacha del siglo pasado*. Foca. Madrid, 2008, pp. 147-148.

[13] Archivo de Dolores Ruiz-Ibárruri Sergueyeva. Caja 19. Carpeta 2.2.2.2.1.4.

[14] *La Calle*. Madrid, 8 de enero de 1980, pp. 33-35.

[15] Francisco Umbral: *La década roja*. Planeta. Barcelona, 1993, p. 102.

[16] Eduardo Haro Tecglen: *El niño republicano*. Alfaguara. Madrid, 1996, p. 241.

[17] Manuel Vicent: «El dulce sueño de Dolores Ibárruri». *El País*. Madrid, 25 de julio de 1981, pp. 11-12.

[18] Su tumba fue ultrajada en febrero de 2019, el busto erigido en su memoria en Rivas-Vaciamadrid fue derribado en noviembre de ese año y en octubre de 2020 la escultura que la recuerda en Miranda de Ebro, atacada. Dolores Ruiz-Ibárruri: «Contra el odio». *El País*. Madrid, 12 de febrero de 2019

[edición digital:  
[https://elpais.com/elpais/2019/02/12/opinion/1549993254\\_815651.html](https://elpais.com/elpais/2019/02/12/opinion/1549993254_815651.html)].

[19] «En general, yo no soy feminista», señaló a principios de los años 80. «A mí me gusta que las mujeres participen en la lucha en las mismas condiciones y con los mismos derechos que los hombres. Hacer un movimiento feminista al margen de la lucha de clases me parece un poco absurdo porque dentro de la lucha por la democracia entran las reivindicaciones de las mujeres». A. Carabantes y E. Cimorra: *Un mito llamado Pasionaria*, cit., p. 37.

[20] María Carmen García Nieto: «Hija de una época y de una clase, mujer con las mujeres: Dolores Ibárruri». *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, vol. 3, n.º 2 (Universidad de Granada, julio-diciembre de 1996), pp. 259-277.

[21] Debido a las restricciones producto de la pandemia, ha sido imposible consultar los fondos microfilmados del Archivo Histórico del PCE (de importancia secundaria en el caso de Dolores Ibárruri), impedimento que hemos intentado suplir a través de la bibliografía.

[22] Mario Amorós: *75 años después. Las claves de la Guerra Civil española. Conversación con Ángel Viñas*. Ediciones B. Barcelona, 2014, pp. 21-22.

[23] David Ginard i Féron: «Aproximación a la bibliografía general sobre la historia del movimiento comunista en el Estado español». En Francisco Erice (coord.): *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*. Trea. Gijón. 1996, pp. 27-37. Francisco Erice: «Tras el derrumbe del Muro: un balance de los estudios recientes sobre el comunismo en España». *Ayer*, n.º 48 (Madrid, 2002), pp. 315-329.

[24] Todos sus números están disponibles en línea: <https://revistanuestrahistoria.com/>.

[25] Dolores Ibárruri: *Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España. Informe presentado ante el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España, reunido en los últimos días de agosto de 1956*. París, 1956. Archivo Histórico del PCE. Fondo Dirigentes. Caja 20. Carpeta 3.1.

[26] En su saludo al acto celebrado con motivo del decimoquinto aniversario de la llegada a la URSS de los «niños de la guerra». *Quince años en la Unión Soviética. ¡Gracias, amado Stalin!* Archivo Histórico del PCE. Fondo Emigración Política y Exilio. Caja 98. Carpeta 4.

[27] Entrevista de Rosa Montero a Dolores Ibárruri. *El País Semanal*. Madrid, 23 de abril de 1978, pp. 5-8.

## «VASCA DESDE LA RAÍZ...»

Dolores Ibárruri nació en Gallarta, el principal núcleo de población del municipio de Abanto y Ciérvana, en el corazón de la que fue la cuenca minera vizcaína. Hasta el verano de 1931 (más de la tercera parte de su vida) vivió en la comarca de las Encartaciones, entre los montes de Triano y Galdames y los valles teñidos de verde que se expanden desde sus faldas. La minería del hierro marcó su infancia, en el seno de una familia sustentada por el salario de su padre como barrenador, y labró en su memoria una huella que jamás se extinguió. Frustrada su ilusión temprana de formarse como maestra en Bilbao, durante tres años trabajó como empleada en un café de La Arboleda y, posteriormente, como sirvienta en casa de unos comerciantes de Gallarta, hasta que en febrero de 1916 contrajo matrimonio con Julián Ruiz. A su lado, compartió una vida marcada desde entonces por la miseria y la represión política, dejó atrás la fe católica y con las lecturas de la biblioteca de la Casa del Pueblo de Muskiz<sup>[1]</sup> se aproximó a las ideas del socialismo. Después de la fallida huelga general revolucionaria de agosto de 1917, y justo cuando desde Rusia empezaban a llegar los primeros ecos de la revolución que cambió el curso del siglo XX, inició su militancia en las filas del Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

*Gallarta, 1895*

El lunes 9 de diciembre de 1895 nació Dolores Ibárruri, a las tres de la tarde, en la casa familiar, ubicada en la calle Peñucas de Gallarta[2]. Situada a escasos kilómetros del mar Cantábrico y de Bilbao (ciudad inmersa entonces en una acelerada transformación económica, social y demográfica[3]), su localidad natal limita al noreste con Santurtzi, al este con Ortuella, al sudeste con Trapagaran[4], al sur con Galdames y al oeste con Muskiz. La casa donde vino al mundo estaba situada en la parte alta de Gallarta, pegada al monte y a las minas, al final de una cuesta pedregosa y pronunciada.

En numerosas ocasiones, tanto en discursos como en artículos y entrevistas, expresó un sentido orgullo por sus raíces. Así lo expuso también en el primer volumen de sus memorias, publicado en 1962 y cuyo relato alcanza hasta la derrota de la República en 1939[5]:

La fama de Vizcaya viene de ella misma. De su pueblo sin fecha de origen ni genealogía determinadas. Viene de su idioma no emparentado con ninguno de los conocidos. De sus hombres, emprendedores, duros, sufridos, forjados a cincel, en lucha permanente con una tierra áspera, que resiste el arado de la madera, que solo admite la férrea laya; con un mar indómito y borrascoso -preñado de traicioneras galernas-, cuyo húmedo aliento cubre de lluvias y nieblas permanentes los montes y valles de la Vasconia milenaria.

El 22 de mayo de 1977, a su regreso de treinta y ocho años de exilio, en el mitin comunista celebrado en la Feria de Muestras de Bilbao, el poeta Blas de Otero recitó el poema que le había dedicado y que empezaba con estos versos[6]:

Vasca desde la raíz,  
luchó como el viento del Cantábrico,  
amó a los mineros, a los obreros y campesinos,  
es resistente como el hierro de Gallarta  
y venerable como un roble...

Antes del auge de la explotación minera (un proceso caracterizado por «la rapidez y la brutalidad», en palabras

de Michel Ralle[7], y que fue novelado por Vicente Blasco Ibáñez[8]), Gallarta era un núcleo de apenas unas pocas casas. En su crónica *Las Encartaciones*, publicada en 1887, Antonio Trueba dejó constancia de su crecimiento en medio de aquellas sinuosas pendientes hasta transformarse en «una gran población con hermosa iglesia parroquial, a la que se ha dado la advocación de San Antonio de Padua, casa de Ayuntamiento, escuelas y un gran hospital para la población minera». En el último cuarto del siglo XIX conoció un acelerado crecimiento: Abanto y Ciérvana pasó de 2.260 habitantes en 1877 a 9.543 en 1920, según el censo oficial[9], y a principios del siglo XX tenía treinta y seis minas al aire libre, una subterránea y otra mixta[10].

El paisaje más íntimo de su infancia fue destruido hace más de medio siglo, engullido por el avance de la explotación minera, que perduró hasta 1993, época en la que también cerró la empresa siderúrgica más emblemática: Altos Hornos de Vizcaya. En los años 60, la necesidad de aumentar la explotación supuso que su parte principal fuera derribada, incluidos el ayuntamiento, la escuela y la iglesia parroquial (en la que recibió el bautismo, la comunión y contrajo matrimonio), al igual que el frontón que estaba a sus espaldas. Dolores Ibárruri lo descubriría en Moscú en 1976 al contemplar, desolada, las fotografías de su localidad natal que Jaime Camino le mostró durante la filmación de su documental *La vieja memoria*. Hoy, el gigantesco cráter de la mina Concha II, junto al Museo de la Minería del País Vasco[11], señala dónde estuvo asentado «el viejo Gallarta»[12].

El 10 de diciembre de 1895, su padre, Expósito Antonio Ibárruri (natural de Ibárruri, pequeña localidad situada entre Gernika y Amorebieta), de 37 años, inscribió su nacimiento en el Registro Civil local y le otorgó el nombre de Isidora, pero curiosamente al día siguiente recibió el bautismo con los de María Dolores[13]. Ibárruri había combatido en el ejército carlista en la última de las tres

guerras civiles que a lo largo del siglo XIX se disputaron el trono español y que tuvo en el valle de Somorrostro el escenario de una de sus batallas decisivas. Al terminar la contienda, en 1876, decidió asentarse en la cuenca minera junto con sus hermanos Domingo y Juan Loyola, también soldados tradicionalistas, con quienes hablaba en euskera[14]. «Mi padre era un vasco muy cerrado que hablaba un castellano macarrónico», recordaba ocho décadas después[15]. En cambio, en aquel tiempo ella no comprendía ese idioma. «Hubiera sido necesario que se impartiera la enseñanza en euskera para que nosotros pudiéramos tomar conciencia de que era nuestra lengua. El ambiente en el pueblo era en realidad castellano y a nadie se le hubiera ocurrido entonces echar mano de una gramática para aprender», señaló[16].

«Él había sido artillero en las filas del ejército carlista y después fue artillero en las minas de Vizcaya. Y nosotros todos éramos conocidos como la familia de “el Artillero”». Trabajó en la mina hasta el ocaso de sus días, hacia 1925, y entonces sufrió un grave accidente[17]. «Me acuerdo de él, con otros mineros viejos, en la mina La Justa, los pantalones arremangados, descalzos dentro del arroyo, cribando el barro para recoger los pedazos de mineral que la lluvia arrastra. Un trabajo infame. Salía el pobre viejo del agua tiritando de frío». No había más remedio, puesto que la alternativa era la mendicidad. «Y eso no es nada, porque mi abuelo murió en la mina, aplastado por un bloque de mineral».

Antonio Ibárruri contrajo matrimonio el 24 de agosto de 1881 con Juliana Gómez, una joven natural de Castilruiz (Soria), «castellana de pura cepa», esbelta y alta, de una profunda fe católica. «Una mujer de su casa que no se preocupaba de política», evocó[18]. Cuando enviudó, la madre de Juliana, Pía Teresa Pardo, decidió emigrar junto con sus tres hijas y llegó a Gallarta, donde se ganó la vida cosiendo. Durante varios años Juliana Gómez tuvo que



trabajar en los lavaderos de mineral, limpiando los trozos de hierro de barro en el agua gélida a cambio de un jornal miserable[19]. Ya casada, complementó la economía familiar con la preparación de morcillas que vendía en la localidad. Estaba alfabetizada, a diferencia de su marido, a quien su hija Dolores leía a diario *El Noticiero Bilbaíno*.

Juliana Gómez, una mujer «tremendamente enérgica, trabajadora, limpia y organizada», quien además acostumbraba a vestir de negro, según su nieta Amaya, parió once hijos, de los que solo siete llegaron a la edad adulta: Inocencio, Teresa, Hipólito, Rafaela, Dolores, Alberto y Bernardina[20]. Murió a fines de 1933, cuando su hija Dolores se encontraba por primera vez en Moscú.

## *En tiempos de Cánovas y Sagasta*

Dolores Ibárruri nació en la España de la Restauración, durante la regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena. Desde el 23 de marzo de 1895 –un mes después del inicio de la guerra en Cuba que en 1898 clausuraría cuatro siglos de imperio español en América y Asia–, el presidente del Consejo de Ministros era de nuevo Antonio Cánovas del Castillo, el arquitecto del régimen instaurado en 1875-1876.

A fines del siglo XIX, se efectuaba puntualmente el *turno político* entre conservadores y liberales, sostenido férreamente por el caciquismo, el fraude y la corrupción, a pesar del reconocimiento del sufragio universal para los hombres mayores de 24 años desde 1890. Tras el Sexenio Revolucionario (1868-1874) y la última guerra carlista, que supuso la derogación de los fueros vascos, se constituyó un «bloque de poder» que edificó un sistema político que perduró casi medio siglo, hasta la instalación de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 con la anuencia de

Alfonso XIII. Según Tuñón de Lara, integraban aquel conglomerado hegemónico los grandes propietarios agrarios, la burguesía de negocios, la industrial y la del naciente sector bancario, así como la Iglesia católica. «Este bloque de poder será muy coherente, tendrá su Constitución y sus leyes, su escala de valores y su mentalidad, sus instrumentos representativos en las bases sociales (partidos políticos *del turno*) y su aparato de sostenimiento -red caciquil- que, a fin de cuentas, termina por convertirse en un sistema paralelo»[\[21\]](#). Un espejo del clima de la época era la sección «La Semana Burguesa» del periódico *El Socialista*, que, cuatro días después del nacimiento de Dolores Ibárruri, se hacía eco de una polémica entre Cánovas y Práxedes Mateo Sagasta acerca de un caso de corrupción municipal[\[22\]](#).

En los albores del siglo XX, España se aproximaba a los dieciocho millones de habitantes y de ellos, según las cifras oficiales, solo el 37% sabía leer y escribir (el 29% en el caso de las mujeres), un porcentaje que en Francia era del 76% y, en Portugal, del 21%[\[23\]](#). En cambio, en Abanto y Ciérvana, en 1900, el 52% de los hombres y el 33% de las mujeres estaban alfabetizados[\[24\]](#). Por otro lado, una cuarta parte de los recién nacidos no llegaba a cumplir el año y medio de vida y solo la mitad alcanzaba los 33: las enfermedades infantiles del aparato digestivo o las diarreas estivales causaban verdaderos estragos entre una población mayoritariamente malnutrida y pobre, privada de los servicios básicos[\[25\]](#). En la zona minera vizcaína la mortalidad infantil era aún más elevada debido a factores como la insalubridad del entorno, la climatología adversa, la falta de higiene o la precaria alimentación de las madres[\[26\]](#). Esta comarca era entonces la principal fuente de riqueza del País Vasco, pero también la de mayores índices de pobreza y desigualdad social y la de menor esperanza de vida.

En numerosas ocasiones Dolores Ibárruri relató su vida en Gallarta, aunque con un tono diferente a lo largo de los años. En el primer volumen de sus memorias escribió: «Así era la vida de nuestros padres, así era nuestra vida. Como un pozo profundo sin horizontes, sin perspectivas, adonde no llegaba el sol y que a veces se iluminaba trágicamente con los sangrientos resplandores de la lucha que brotaba en llamaradas de violencia, cuando la capacidad de resistencia al trato brutal llegaba a los límites de lo humanamente soportable»[\[27\]](#). No obstante, también relató los días felices de las vacaciones escolares, las excursiones por los montes desde donde divisaban un mar que le parecía infinito e inabarcable o las travesuras propias de la edad, así como episodios trágicos como la muerte de su amigo Bonifacio González, un joven de 17 años, producto de una explosión en la mina.

En 1985, al cumplir 90 años, se refirió a aquel tiempo con un tono más dulce. Evocó que sus hermanos y ella, como la mayor parte de los niños de Gallarta, carecían de juguetes, pero disfrutaban al aire libre con entretenimientos como la cuerda, la taba, la pita o las canicas, incluso jugando en las minas después de la jornada de los trabajadores[\[28\]](#):

Éramos trastos y rebeldes porque éramos hijos de mineros y jugábamos en la calle y no quieras imaginar las que armábamos. Mis amigas eran Sebastiana, Felipa, Carmen, Juliana... y muchas más. [...] Los recuerdos de mi infancia en Gallarta son muy buenos, muy felices [...]. Jugábamos mucho a la cuerda, a saltar mojones, íbamos a las fiestas de los pueblos por Santa Lucía, San Pedro, a todas las romerías, que en Vizcaya hay muchas. Se hacían en el campo junto a la ermita del santo. Se bailaba la jota y esas cosas, se comía allá...

Recordó también que algunos domingos solían caminar hasta Portugalete, a unos siete kilómetros de distancia, para pasar el día en la playa y admirar el puente colgante, inaugurado en 1893. Otra de las distracciones era la pelota vasca, un deporte al que su padre era muy aficionado. Y

durante las fiestas de Gallarta se proyectaban películas de cine en la calle[29].

En aquellos años junto a sus padres y hermanos se libró del hambre y las privaciones. «No era la miseria que en general había en casa de los mineros y nosotros hemos comido bien y nos han vestido como corresponde a hijos de mineros, pero bien, sin miserias». Su jornada empezaba muy temprano, cuando a las cinco de la mañana su madre les despertaba, puesto que los mineros llegaban al tajo a las seis[30]. Cuando se aproximó a la adolescencia, una parte de sus obligaciones consistía en ir casi a diario al lavadero, que estaba próximo a su casa, o caminar hasta la fuente, con un cubo en la cabeza, para buscar agua e incluso «a veces un cubo en cada mano y otro en la cabeza»[31]. También ayudar a preparar la comida en un fogón de hierro con leña y los diferentes pucheros, uno para cada miembro de la unidad familiar, situados alrededor[32].

Vivían en un edificio que tenía dos portales y cinco pisos y las paredes exteriores pintadas de rojo. «El nuestro era la planta baja. Estaba en una cuesta y una parte de la casa quedaba a mayor altura que el resto. Allí estaba la cuadra con la vaca, el cerdo, las gallinas. Nosotros vivíamos encima de la cuadra»[33]. Era un lugar idóneo para criar animales, cuya aportación a la dieta familiar (sobre todo la leche) era determinante; de hecho, durante varios años, por las mañanas temprano antes de ir a la escuela, se ocupaba de llevar el ganado al monte, para que paciera, y por la tarde lo buscaba a fin de devolverlo al establo. Otros vecinos, en cambio, cultivaban pequeños huertos.

Su casa solo estaba separada de la mina por la línea del ferrocarril de la compañía Orconera, la más importante de Vizcaya. Desde allí veía trabajar a los mineros y ante sus ojos se expandía un singular paisaje, casi lunar, horadado por los sucesivos cráteres, los socavones, las rocas desperdigadas por doquier y la compleja infraestructura